SODALITIUM
Anno IX - Semestre II n. 3 - Ottobre - Novembre 1993 N. 35

Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº **35**, pág. 21. Título original: *Tredicesima puntata: quale Concilio. IL PAPA DEL CONCILIO.* Autor: P. Francesco Ricossa. Fecha: **octubre – noviembre 1993.** Traducido al español. Pág. web: www.sodalitium.it - email: info@sodalitium.it

Décimo tercer episodio: ¿Qué Concilio?.

"EL PAPA DEL CONCILIO"

por el P. Francesco Ricossa

Una imagen de Juan XXIII en automóvil atravesando las calles de Roma

¿Qué Concilio?

Veinticinco de enero de 1959. Sólo cinco días después del histórico encuentro con su Secretario de Estado, el Card. Tardini, Juan XXIII abandonó el Vaticano a las diez de la mañana del domingo para dirigirse a la **Basílica de San Pablo Extramuros**. Sus allegados señalaron que durante el trayecto mantuvo un "silencio inusual", mientras que las fotografías que le tomaron a su llegada a San Pablo revelaban "**un rostro ansioso y tenso**" ([1]). Muy pocos podían imaginar entonces la verdadera razón del estado de ánimo de Roncalli, porque muy pocos conocían el anuncio que se iba a hacer al mundo: la convocatoria de un Concilio Ecuménico. Según *L'Osservatore Romano* del día anterior, el Papa tenía intención de ir a San Pablo para rezar por la "Iglesia del Silencio" oprimida por el comunismo. Sin embargo, según otros, sólo pretendía completar la visita de las principales basílicas romanas, después de haber visitado solemnemente San Pedro, San Juan de Letrán y Santa María la Mayor. En realidad, nada de esto. Para quienes desconocían la decisión tomada por Juan XXIII, la única pista era la fecha: "El domingo 25 de enero concluía la semana de oración por la unidad de los cristianos. Roncalli la ha celebrado cada año desde su época en Bulgaria ([2]). El Concilio que iba a anunciar no sólo sería Ecuménico, es decir, universal y no particular, sino también ecumenista...

Hacia la una, terminó el oficio y los diecisiete cardenales presentes fueron convocados a la **sala capitular de la abadía** benedictina. Muchos de ellos (que, al parecer, contaban menos que Andreotti, que estaba al corriente de todo desde hacía tres días) desconocían totalmente las intenciones de Juan XXIII. Por eso, Roncalli "está realmente inquieto: ¿cómo reaccionarán los cardenales?", se pregunta ([1]). El **discurso** de Juan XXIII comenzó y se desarrolló casi hasta el final sin la menor alusión al Concilio. Deploró "el abuso de la libertad", la "búsqueda de los llamados bienes terrenales", la acción de Satanás, "príncipe de las tinieblas, príncipe de este mundo". Evoco la lucha entre las dos Ciudades y la necesidad de la "resistencia de la Iglesia y de sus hijos al error". Hebblethwaite escribe: "Este pesimismo sobre la situación del mundo —que se ha hundido en el error y se ha dejado apoderar por Satanás— está en tan clara contradicción con la actitud habitual de Juan que requiere una explicación. Y la explicación más sencilla

viene dada por el hecho de que **este discurso tenía una finalidad muy precisa: alinear a los Cardenales con su proyecto para el Concilio**. Y para lograr este propósito reflejó la visión que ellos tenían de la situación" ([3]).

Sólo hacia el final del discurso hizo Juan XXIII el fatídico anuncio a los cardenales: "¡Venerados hermanos míos del Colegio Cardenalicio! Pongo ante vosotros, temblando y algo emocionado, pero al mismo tiempo con humilde resolución, el nombre y la propuesta para la doble celebración de **un sínodo diocesano para la ciudad y de un concilio ecuménico para la Iglesia universal**" ([4]). "La consecuencia ineludible de estas dos decisiones será **la revisión del Código de Derecho Canónico**, pero esto llevará su tiempo. Juan tiene razón: el nuevo Código de Derecho Canónico no será promulgado hasta el 25 de enero de 1983, veinticinco años después" ([5]).

En este punto se hace el anuncio. El Concilio, inesperadamente, tendrá lugar. Pero... ¿qué Concilio? Un primer indicio proviene de las palabras finales del discurso a los cardenales. Juan XXIII les pidió que rezaran por "el buen comienzo, la continuación y el feliz éxito de estos propósitos de arduo trabajo, por la iluminación, la edificación y la alegría de todo el pueblo cristiano, **como una cariñosa y renovada invitación a nuestros hermanos de las Iglesias separadas a participar con nosotros en este banquete de gracia y fraternidad**, por el que suspiran tantas almas de todas las partes de la tierra". Palabra de honor: el Concilio no sólo sería ecuménico, sino, repetimos, también ecumenista. La **versión oficial del discurso** tiene una variación significativa con respecto a las palabras realmente pronunciadas y a las meramente referidas: "...una renovada invitación a los **fieles de las comunidades separadas a seguirnos en esta búsqueda de la unidad y de la gracia,** por la que suspiran tantas almas de todas las partes de la tierra". "Los cambios no son para tanto", comenta Hebblethwaite, señalando las revisiones católicas del discurso de Juan XXIII. "A los cristianos separados ya no se les llama **hermanos.** Se les reconoce como pertenecientes a comunidades (lo cual es innegable), pero no a **iglesias** (término que tiene su peso teológico). Y en lugar de *participar con nosotros en este espíritu de gracia y fraternidad,* se les insta a buscar, o más bien a seguir a los católicos en esta búsqueda, como si no tuvieran otra opción. El texto corregido subraya la incorrección (doctrinal) del texto a corregir: un caso que se repetirá a menudo desde el Concilio... Los dos textos, el original y el revisado, ponen también de relieve la trama de todo el período preparatorio del Concilio: por una parte, la prudente pero decidida labor de Roncalli para orientarlo hacia el ecumenismo; por otra, los intentos de los cardenales "romanos" por mantenerlo en el marco de la ortodoxia.

Las primeras reacciones al anuncio del Concilio

En el último número de *Sodalitium* hablamos extensamente de la versión del Concilio que podríamos calificar de *mítica* y que Roncalli pretendía acreditar: la del Concilio como **fruto de una repentina y celestial inspiración** del Espíritu Santo. Consistente con esta leyenda es la versión que dio, en su discurso de apertura del Concilio el 11 de octubre de 1962, de las reacciones de los cardenales al histórico anuncio del 25 de enero de 1959: "Fue un toque inesperado: un destello de luz suprema: una gran dulzura en los ojos y en el corazón. Y al mismo tiempo un fervor, un gran fervor despertado de repente en el mundo entero, en espera de la celebración del Concilio". **La realidad era bien distinta**. "La observación puede ser cierta si se refiere a la respuesta al Concilio en el mundo", escribe de nuevo Hebblethwaite, "pero ningún *destello de luz suprema* era perceptible o podía verse cuando anunció su decisión a **los cardenales** el 25 de enero de 1959. Estos últimos, como señaló el propio Roncalli, sólo respondieron con un "***impresionante y devoto silencio***". Juan XXIII se sintió "amargamente decepcionado" por este silencio, como dejó claro cuando escribió: "Humanamente hablando, se podría haber pensado que los cardenales, tras escuchar el discurso, se reunirían para para expresarnos su aprobación y sus mejores deseos" ([7]).

El desconcierto no era sólo de los cardenales presentes. El L*'Osservatore Romano* del día siguiente, desconcertado, relegó el anuncio del Concilio, en forma de comunicado de prensa de la Secretaría de Estado, a las pág.s interiores del periódico ([8]). Uno de los líderes más representativos de aquellos tiempos, **Giuseppe Siri**, arzobispo de Génova, se enteró de la convocatoria del Concilio a través de la radio (!) mientras realizaba una visita pastoral a un pequeño pueblo de la diócesis ligur. "**El anuncio (...) sumió al obispo en un silencio temeroso**. Sólo a su regreso al palacio arzobispal, el cardenal expresó sorpresa y preocupación a sus secretarios. (...) La **perplejidad** surgía del temor **de que las tendencias teológicas innovadoras**, que habían surgido en las zonas francesa y alemana después de la guerra, junto con los disturbios civiles, **pudieran desarrollarse** aprovechando el acontecimiento conciliar. Las posturas de Pío XII en contra de los estudios e intentos de reformular la doctrina de la fe y de establecer un diálogo con el pensamiento filosófico contemporáneo, irrespetuoso con la autoridad de Roma, habían tenido como único efecto hacer más cautelosas a estas instancias" ([9]). **Los propios cardenales progresistas, como Lercaro y Montini, fueron cogidos por sorpresa**. "¿Cómo se atreve" —llegó a escribir Ler-

caro—, a convocar un concilio cien años después del último y sólo tres meses después de su elección? El Papa Juan se muestra imprudente e impulsivo...”. ([10]).

El Cardenal Giuseppe Siri

Una decisión imprudente (de Juan XXIII)

El duro juicio del Card. Lercaro (que, por una vez, puede compartirse plenamente) pone de relieve una primera anomalía del Concilio Vaticano II, a la que seguirán muchas otras. Romano Amerio escribe: “El anuncio de la convocatoria de un Concilio llegó al mundo de forma completamente **inesperada**, debido, como dijo el propio Juan XXIII, a una súbita inspiración. En el Concilio Vaticano I, en cambio, los cardenales venían pidiendo un concilio desde 1864 y la mayoría de ellos estaba a favor de convocarlo. (...) **No hubo consultas previas** sobre la necesidad y conveniencia de convocar el Concilio Vaticano II, habiendo sido tomada la decisión por Juan XXIII como un ejercicio de carisma ordinario o tal vez como un toque de caridad extraordinaria.

Aunque estén continuamente asistidos por el Espíritu Santo y dotados personalmente del poder de la infalibilidad, los Sumos Pontífices saben que Dios no se sirve de ellos como de un instrumento inanimado (como un autómata o, bíblicamente, como el asno de Balaam), sino como de un instru-

mento animado y libre, respetando las características inherentes a la naturaleza humana. Por eso el Papa prepara cuidadosamente no sólo la proclamación solemne de un dogma o la convocatoria de un Concilio, sino incluso una simple encíclica y el más humilde discurso. Actuar de otro modo sería erigirse en profeta y tentar a Dios. Por esta razón, el Card. Lercaro concluye su juicio sobre el sorprendente anuncio del Concilio y sobre Juan XXIII diciendo: "Tal acontecimiento arruinará su ya minada salud y derrumbará todo el edificio de virtudes morales y teologales que se le atribuyen" ([9]).

Si no queremos acreditar la hipótesis de Roncalli como miembro encubierto de una secta anticristiana, decidida a realizar el Concilio revolucionario que soñaban ([12]) para destruir la Iglesia, o al menos la hipótesis más probable de un Roncalli conscientemente modernista que dirigió el Concilio **para corresponder a los votos de los amigos** como Dom Beaudoin ([13]), nos queda la explicación (que no excluye las otras) de un imprudente que, lejos de aceptar el papel que se le había asignado como "Papa de transición", quiso, antes de su muerte, **dejar una huella imperecedera en la historia** de la Iglesia con la convocatoria repentina y precipitada de un Concilio. Sin duda, Juan XXIII consiguió, al menos, este objetivo. ¿Pero a qué precio?

Decisiones prudentes (de Pío XI y Pío XII)

La imprudencia (por no decir otra cosa) de la repentina decisión de convocar un Concilio, que surgió "como un rayo salido de la nada" ([14]), resulta aún más grave por la opinión contraria expresada por los dos predecesores inmediatos de Juan XXIII, Pío XI y Pío XII.

Ambos Pontífices estudiaron la posibilidad de **convocar un Concilio** Ecuménico: **Pío XI** en 1923 y **Pío XII** en 1948; ambos **renunciaron a ello**. Hay que recordar, en efecto, que el último Concilio, el primero del Vaticano, no llegó a concluirse: fue suspendido en vísperas de la guerra franco-prusiana, el 18 de julio de 1870, y su continuación se vio imposibilitada por la sacrílega ocupación de Roma, el 20 de septiembre. Sin embargo, los teólogos conciliares habían trabajado mucho durante los seis años de preparación del Concilio y durante el Concilio mismo. La admirable doctrina contenida en estos diagramas fue considerada por los teólogos como "cercana a la fe", tal como habría sido definida solemnemente si el Concilio hubiera concluido normalmente. Después de las crisis de las dos guerras mundiales, Pío XI y Pío XII pensaron, pues, en concluir el Concilio Vaticano I o en abrir un nuevo Concilio, dadas las nuevas condiciones de los tiempos. Pero **Pío XI**, a diferencia de Juan XXIII, **consultó a los cardenales**. El excelente teólogo **cardenal Billot** concluyó su razonamiento explicando las razones en contra

de una decisión ya de por sí exigente y peligrosa ([15]): "He aquí, en fin, la razón más grave, la que me parece absolutamente militar por la negativa. **La reanudación del Concilio es deseada por los peores enemigos** de la Iglesia, es decir, por **los modernistas**, que ya se están preparando —como muestran los indicios más seguros— para aprovecharse de los Estados Generales de la Iglesia **a fin de realizar la revolución**, el nuevo 1789, objeto de sus sueños y esperanzas. Ni que decir tiene que no lo conseguirán, sino que volveremos a ver los tristes días del final del pontificado de León XIII y del comienzo del de Pío X; veremos aún cosas peores, y sería la aniquilación de los felices frutos de la Encíclica *Pascendi*, que los había reducido al silencio". Similar a ésta, la opinión de varios otros cardenales ([16]). Pío XI renunció al proyecto.

La idea fue retomada por los **cardenales Ruffini y Ottaviani**, entre 1945 y 1948. Leyendo los argumentos esgrimidos por ellos a favor de la decisión de convocar un Concilio, uno casi lamenta que no haya tenido lugar: **condena de los errores contemporáneos** (idealismo, existencialismo, poligenismo evolutivo, comunismo, minimalismo dogmático, nueva gnosis, etc.), definición de dogmas marianos (como la asunción de la Virgen al cielo), la resolución de cuestiones largamente debatidas (como el origen de la jurisdicción de los obispos) o la aplicación de la doctrina clásica a los problemas más graves de los tiempos modernos (guerra, revolución, salario justo, virginidad y estado del matrimonio, onanismo y continencia periódica...). En las intenciones de los dos cardenales, de probada ortodoxia y fidelidad a la cátedra de Pedro, habríamos tenido un hermoso y ciertamente, en sí mismo, oportunísimo Concilio; ¡eso es lo que propusieron a Juan XXIII en 1959!

Pío XII, en su tiempo, tomó en serio la propuesta y **creó una comisión, iniciando una consulta** con numerosos obispos y cardenales. Pero entonces "Pío XII terminó deshaciéndose de todo y decidió que no era necesario un Concilio. **Todo lo que un Concilio podía hacer, podía hacerlo mejor por sí mismo, y con ahorros considerables**. Así, por tanto, definió la Asunción en 1950 y condenó los errores contemporáneos en su encíclica *Humani Generis*" ([17]). De hecho, con su **extensa enseñanza**, Pío XII aseguró a los fieles católicos una verdadera "summa" de la doctrina de la Iglesia con respecto a los problemas planteados por el mundo contemporáneo, evitando los escollos de un Concilio, ya señalados anteriormente por el cardenal Billot.

Cuando Juan XXIII anunció el Concilio, sabía que "en materia pastoral, ecuménica, jurídica, así como en las relaciones entre el Estado y la Iglesia, la Curia Romana y las Iglesias locales (al menos las del norte de Europa

- nda) son polos opuestos" ([18]). Ya en 1923 el cardenal Bonzano, consultado por Pío XI sobre el Concilio, se mostró gravemente preocupado por "el peligro de que un cierto número de obispos, sobre todo extranjeros, intenten acentuar sus derechos, en oposición a las prerrogativas del primado del Sumo Pontífice, con el pretexto de que Roma es demasiado centralizadora" ([15]).

Sí, tanto Pío XII como Juan XXIII eran conscientes de esta situación y de los peligros que representaba para la fe. Pero su decisión sobre el tema fue la contraria. Esto se debe a que, escribe Hebblethwaite, "lo que impulsó a Pío XII a rechazar la idea de un Concilio, le confirmó a Juan en su juicio que era más necesario que nunca" ([19]).

¿Qué Concilio?

El Concilio, cómo podría y debería haber sido...

A pesar de las más que pertinentes observaciones del cardenal Billot, y de las más que sabias decisiones de Pío XI y Pío XII en contra de la convocatoria de un Concilio, cabe preguntarse si el desastroso y heterodoxo resultado del Concilio Vaticano II era, humanamente hablando, evitable. En otras palabras: ¿un Concilio, en los años sesenta de nuestro siglo, debería haber sido necesariamente influenciado por la herejía modernista?

Los cardenales Ottaviani y Ruffini, que no eran modernistas y, sin embargo, insistían en el Concilio, no lo creían así. Y, sin embargo, ellos, especialmente Ottaviani desde su puesto de responsabilidad en el Santo Oficio, eran ciertamente conscientes de la intolerancia de muchos teólogos e incluso de episcopados nacionales enteros hacia la sana doctrina de la Iglesia, una intolerancia cargada por la ayuda que les prestan los poderes mundanos y por los medios modernos de información. Por lo tanto, si han creído que podían llevar a buen puerto un Concilio con **frutos saludables** para la Iglesia, a pesar de las dificultades enumeradas hasta ahora, es **porque esperaban poder contar con** un apoyo aún más sólido... Vamos a tratar de enumerarlos. En primer lugar, la Divina Providencia, que guía y asiste a la Iglesia ([20]). Luego, más humanamente, la sustancialidad de la integridad de muchos obispos. Por último, la firme contraparte que la Curia prometió ejercer en el Conciljo, desde su preparación. Sólo faltaba una cosa para la realización de su proyecto: **el apoyo de Juan XXIII**.

El Papa ([21]) lo puede todo. Sólo él puede convocar un concilio ecuménico. Solo él puede disolverlo. Sin su aprobación, las decisiones de un Concilio valen menos que nada. Y **durante el Concilio mismo, las decisiones**

tomadas por los obispos dependen en gran medida de la actitud del Papa. Entre los Padres conciliares, algunos durante el Concilio Vaticano II, defenderán abiertamente la Tradición: serían la llamada "minoría". Otros claramente tomarán partido por la herejía. A esta facción se le llamó erróneamente la "mayoría conciliar". Resultaron ser **la mayoría**, de hecho, sólo porque muchos Padres, que representaban la mayoría, **se unieron a ellos porque se dieron cuenta de que "el Papa"** (Juan XXIII primero, luego Pablo VI) **estaba con los progresistas**. **Y querían "estar con el Papa"** ([22]). Aunque murió durante el Concilio y antes de la promulgación de sus documentos, Juan XXIII es ciertamente el **principal responsable** del camino que tomó el Concilio mismo, el de la ruptura y la discontinuidad con el magisterio infalible anterior de la Iglesia. Esta gravísima afirmación debe, por supuesto, ser demostrada.

Esto es lo que pretendo hacer en los episodios restantes, que abarcarán prácticamente todo el pontificado de Juan XXIII. De hecho, es **imposible separar** adecuadamente el **pontificado juanino del Concilio**. "La idea de convocar un Concilio se remonta (...) a los primeros días después de su elección. (...) El Concilio no es un elemento casual de su pontificado, ni una especie de pensamiento surgido de repente. Es un pensamiento que se extiende al pontificado en su totalidad, que se realiza como fin, política, programa y contenido del pontificado" ([23]) Las intervenciones de Juan XXIII en la preparación del Concilio primero y luego en su desarrollo será decisivo para su futuro desarrollo. Pero toda la política del pontificado (**relaciones ecuménicas, apertura a la izquierda** en la política interna italiana, inicio de la **ost-politik** vaticana, **relaciones** inquietantes **con el judaísmo y la masonería**, **enseñanza oficial**, etc.) que tuvo lugar paralelamente al Concilio o en su preparación, tiene el mismo papel. El Pontificado y el Concilio se cruzaron y se influyeron mutuamente con la intención de llevar a la Iglesia a un **abrazo mortal con el mundo**.

Notas

1) Peter Hebblethwaite, *Giovanni XXIII. I Papa del Concilio*. Edición italiana editada por Marcc Roncalli. Editorial Rusconi. Milán 1989. Pág. 450.

2) Hebblethwaite, *op. cit.*, pág. 449.

3) Hebblethwaite, *op. cit.*, pág. 451.

4) *Discorsi, messaggi, colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII*. Tipografía políglota del Vaticano 1960 1967. vol. I, págs. 129-133).

5) Hebblethwaite, *op. cit.*, pág. 452. ¡Sabemos qué resultados tan graves!

6) Hebblethwaite, *op. cit.*, pág. 453. El texto original del discurso lo recoge Giancarlo Zizola, en *L'Utopia di papa Giovanni*. Cittadella editrice. Asís. 1975, pág. 322 el oficial de Giovanni Caprile s.j., Concilio Vaticano II, Ed. Civittà Cattolica, Roma. Vol. I, pág. I, pág. 50.

7) Hebblethwaite, *op. cit.*, págs. 454 y 453. Véase también: Caprile, *op. cit.*, pág. 51.

8) Retomando el discurso de Juan XXIII, el comunicado decía, entre otras cosas: "Con respecto a la celebración del Concilio Ecuménico, éste, en el pensamiento del Santo Padre, apunta no sólo a la edificación del pueblo cristiano, sino que quiere ser una invitación a las comunidades separadas a buscar la unidad, que tantas almas anhelan hoy, desde todos los puntos de la tierra" cf. *L'Osservatore Romano* 26-27 de enero de 1959.

9) Benny Lai. *II Papa non eletto. Giuseppe Siri cardinale di Santa Romana Chiesa*, ed. Laterza. Roma-Bari 1993. Pág. 179.

10) Hebblethwaite, *op. cit.*, págs. 455-456.

11) Romano Amerio, *Iota unum. Studio sulle variazioni della Chiesa cattolica nei secolo XX*, editor Ricciardi. Milán - Nápoles 1985, págs. 42-43. El autor alude a las declaraciones históricamente falsas de Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II acerca de que el Concilio fue inspirado directamente por el Espíritu Santo. Cf. *Sodalitium*, nº 34, págs. 12-15.

12) "Creo que el culto divino, regulado por la liturgia, el ceremonial, el ritual y los preceptos de la Iglesia romana, pronto sufrirá una transformación en un Concilio Ecuménico que, convirtiéndolo en la venerable sencillez de la edad de oro apostólica, lo pondrá en armonía con el nuevo estado de conciencia y civilización moderna" Cita del ex canónigo Roca, sacerdote apóstata, tomado de la revista *Forts dans la Foi*, nº 51, noviembre de 1977.

13) Cf. *Sodalitium*, nº 28, pág. 20: "Si eligiera a Roncalli todo estaría en su sitio: podría convocar un Concilio y consagrar el ecumenismo".

14) Cf. Stjepan Schmidt s.j., en: *Agostino Bea, il Cardinale dell'unità Agustín Bea*, Ed. Città Nuova, Roma 1987, pág. 313.

15) Amerio escribe: "Es una antigua sospecha que se cierne sobre el Concilio frente a la Cátedra Petrina. La formulo imaginativamente el Card. Pallavicino, el historiador del Concilio de Trento: "En los cielos místicos de la Iglesia no se puede imaginar una influencia más difícil y más peligrosa que un Concilio General" R. Amerio, *op. cit.*, pág. 42.

16) Caprile, *op. cit.* , vol. V, pág. 688. Cf. vol. I, págs. 3-29. Parte I, págs. 3-29. Citado por: Mons. Francesco Spa dafora, *La Tradizione contro il Concilio*, Edi.Pol. Volpe Editore. Roma 1989, pág. 5.

17) Cf. Hebblethwaite, *op. cit.*, págs. 437-440: y también Caprile, *op. tit.*, vol. I, págs. I, pág. I, págs. 15-17.

18) Hebblethwaite, *op. cit.*, pág. 433.

19) Hebblethwaite, *op. cit.*, pág. 440. Quiero recordar al lector que el libro de Hebblethwaite nació y circuló en Italia por los círculos más roncallianos: hablo de Mons. Capovilla y Marco Roncalli.

20) Evidentemente, Dios asiste todavía y siempre a su Iglesia: nunca se abrirán contra ella las puertas del infierno. Esta asistencia, sin embargo, no excluye que la Iglesia pueda atravesar momentos críticos e incluso una vacante (formal) de la Sede Apostólica, lo que no se opone a su constitución divina. El Papa Pablo IV incluso consideró posible, en su bula "*Cum ex apostolatus*", elegir para el trono papal a un hereje, es decir, a una persona incapaz de ser un verdadero Papa, a pesar de todas las apariencias...

21) Recordemos que aplazamos hasta el último episodio el punto más crítico de nuestro trabajo, es decir, el examen de la legitimidad de Juan XXIII.

22) Entre los muchos, un ejemplo significativo tomado de los diarios del Card. Siri y relativo a un teólogo, futuro cardenal, que fue incluso asesor del Santo Oficio: "Un hecho sobresaliente es que el asesor del Santo Oficio, mons. Parente el año pasado estuvo entre los más feroces oponentes a la colegialidad, pero ahora ha avanzado en este tema con los transalpinos. Muchos están realmente asombrados, incluso disgustados. He recogido un rumor: habría sido invitado por el propio Papa (Pablo VI - nda.) a hacerlo. Entonces se explicaría todo. Y si es así, es evidente que el Papa hizo su elección y quiso una votación masiva de los obispos" Cf. Benny Lai, *op. cit.*, pág. 385.

23) Hebblethwaite, *op. cit.*, pág. 433.